LA DAMA DEL TROLEBUS

(C U E N T O)

I

—ANUNCIEME; me llamo Gabino-Alejandro Carriedo.

—¿Vive en...?

—Nueva Paralela a General Mola, número 15.

—¿En aquellas casas nuevas que han hecho detrás de la colonia del Viso...?

—Sí.

—Pues tenga la bondad de esperar.

Cuando me dicen que pase, me encuentro ante un señor calvo, con gafas de concha y aspecto bonachón. Pregunta:

—¿Es usted el que desea inscribirse?

—Sí.

—¿Ha cubierto todos los requisitos?

—Aún no, pero lo haré.

—Bien; siéntese.

Lo hago sobre una punta del sillón y me coloco el sombrero sobre las rodillas.

—¿De qué se trata?

—Verá usted, señor director; como le habrán dicho, yo vivo en la Nueva Paralela a General Mola, número 15...

—Sí; ya sé...

—Pues bien; hace cosa de tres domingos, me levanté como de costumbre en los días de fiesta: a las once de la mañana. Me afeité, me bañé, me puse ropa limpia y monté en el trolebús que arranca de la Glorieta de Sevilla, frente a los estudios del cine.

—¿Alguna discusión violenta...?

—Le ruego tenga paciencia, señor director. Monté, como le digo, en el trolebús que hace el recorrido hasta Sol; estaba citado con un amigo en un bar de la calle de Diego de León, concretamente en el «Xaga». El amigo se llama Félix Gallego y es un alto empleado del Estado. Pero, bueno; esto no viene al caso.

Hago una pausa para encender un cigarrillo y prosigo:

—Iba yo sentado en un asiento de la derecha... ¡Oh, perdón! ¿Usted fuma?